

# CIENCIA FICCION

## SELECCION 31

ESPECIAL KILGORE TROUT



Quienes conozcan la obra de Kurt Vonnegut, especialmente sus novelas *Matadero cinco* (Libro Amigo n.º 482) y *Dios le bendiga, Mr. Rosewater* (Libro Amigo n.º 483), recordarán sin duda a Kilgore Trout, el excéntrico escritor de amplia y sugestiva bibliografía. Y si el lector se sorprende al ver un libro real de un autor que creyera ficticio, su sorpresa irá en aumento a medida que pase sus páginas.

Junto con la con la sorprendente novela completa de Trout *Venus en la concha*, figuran en esta selección un cuento corto y un poema de Philip J. Farmer, el maestro de la ciencia ficción erótica. Todo ello procedente de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en su género.

## Contenido

Presentación, Carlo Frabetti.

*Venus en la concha (Venus on the Half-Shell)*, Kilgore Trout, 1974.

*Quemadura de piel (Skinburn)*, Philip J. Farmer, 1972.

*El pterodáctilo (The Pterodactyl)*, Philip J. Farmer, 1965.

## PRESENTACIÓN

Se ha hablado a menudo de la «masonería» de la ciencia ficción, en el sentido de qué sus autores, más que los de ningún otro género, tienden a reunirse, intercambiar ideas, plantearse proyectos colectivos, continuar los caminos abiertos por otros.

Philip J. Farmer, uno de los escritores de ciencia ficción más versátiles y populares, se ha mostrado a menudo propenso a adentrarse en los terrenos fantástico-especulativos definidos por otros autores, especialmente en los de Edgar Rice Burroughs, de quien Farmer es discípulo en más de un sentido.

Quienes hayan leído las obras de Kurt Vonnegut, especialmente *Matadero cinco* (Libro Amigo 482) y *Dios te bendiga, Mr. Rosewater* (L. A. 483), recordarán sin duda a Kilgore Trout, el excéntrico escritor de ciencia ficción de amplia y sorprendente bibliografía (concretamente, su obra *Venus en la concha* se cita al final del capítulo 9 de *Dios le bendiga...*)

Pues bien, en esta ocasión Farmer no se contenta con adoptar un escenario ajeno, sino que, directamente, se apropia de un personaje de ficción para convertirlo en autor de una obra real: introduce su mano de escritor en el sugestivo títere creado por Vonnegut, haciéndole completar un libro del que sólo existía una página.

Con su probada capacidad de mimesis, a Farmer no le cuesta gran esfuerzo imitar —o asumir— el estilo de Vonnegut, y, artificios aparte, consigue una entretenida y fantasiosa sátira, muy en la línea de la clásica narrativa de «viajes

imaginarios» (la influencia del *Erewhon* de Butler es en ocasiones notoria).

Para dar un tono unitario a esta selección, la he completado con otras dos muestras características de la actividad literaria de Farmer: un sorprendente relato de ciencia ficción erótica —vertiente de la que el autor es pionero— y un vigoroso poema de resonancias épicas que evoca tiempo y paisajes prehumanos.

CARLO FRABETTI

# VENUS EN LA CONCHA

Kilgore Trout

## NOTA SOBRE EL AUTOR

*Kilgore Trout nació en 1907, de padres norteamericanos, en la isla inglesa de Bermuda. Asistió allí a la escuela primaria hasta que se terminó el trabajo de su padre con la Royal Ornithological Society. La familia se trasladó a Dayton, Ohio, donde Trout se graduó en la Thomas Jefferson High School en 1924. Después deambuló por el país, trabajando en empleos ocasionales mal pagados y escribiendo ciencia ficción en sus ratos libres. Sus únicas residencias conocidas durante ese período fueron Hyannis (Massachusetts), Indianápolis (Indiana), Ilium y Cohoes (Nueva York).*

*Se casó y divorció tres veces y tiene un hijo. Leo, que es veterano de Vietnam.*

*Hasta 1974 Trout había escrito 117 novelas y 2.000 cuentos cortos. Pero hasta hace muy poco era escasamente conocido. Esta lamentable situación se debió a su extremo aislamiento y a su indiferencia por la publicación de sus relatos. Fue mal aconsejado en cuanto a la elección de sus editores, el principal de los cuales, World Classics Library, es una firma especializada en novelas y revistas pornográficas. Esto dio lugar a que las obras fueran distribuidas solamente a comercios especializados en ese género. Sin embargo, los relatos de Trout, con una sola excepción<sup>[1]</sup>, contenían escaso material que fuera explícitamente erótico. Sin el permiso ni el conocimiento del autor, la World Classics Library puso portadas insinuantes a sus novelas y utilizó sus cuentos cortos como relleno de revistas de fotos eróticas.*

*En los últimos años, sin embargo, su narrativa ha llamado la atención de algunos notables críticos y escritores, tanto dentro como fuera de la ciencia ficción. El profesor Pierre Versins, por ejemplo, en su voluminoso estudio Encyclopédie de l'Utopie, des Voyages Extraordinaires et de la*

Science Fiction (Ediciones l'Age d'Homme, S. A., Lausanne, Suiza, 1973), dice de Trout: «Un estudio sobre las obras, demasiado postergadas, de este autor sería bien venido.»

Esto es cierto, pero la empresa de coleccionar su conjunto completo de obras es formidable. Ni el más adinerado e infatigable de los coleccionistas podría jactarse de poseer todos los relatos de Trout. Esta Venus en la concha, por ejemplo, es una obra tan rara que su único propietario conocido exigió una gran suma por su ejemplar, para que pudiera ser reimpresso.

Sin embargo, como ha pronosticado un eminente escritor, la carrera de Trout está en ascenso. Kilgore Trout está pronto a ingresar en la corriente literaria mayor. Que el autor ya no es indiferente a sus creaciones es cosa demostrada por su insistencia en reescribir Venus en la concha, actualizándola hasta cierto punto, y ampliando el personaje Chworktap.



## 1

## LA LEYENDA DEL VAGABUNDO DEL ESPACIO

Ve, viajero.

Ve a cualquier parte. El universo es un sitio grande, quizá el más grande. No importa. Dondequiera que desembarques oirás hablar de Simón Wagstaff, el Vagabundo del Espacio.

Incluso en planetas donde nunca apareció, su historia es cantada en baladas y narrada en las tabernas de los puertos espaciales. La leyenda y el folklore lo han convertido en una figura popular entre los diez mil millones de planetas habitables, y es el héroe de series de TV en por lo menos un millón de ellos, según los últimos datos.

El Vagabundo del Espacio es un terrestre que nunca envejece. Viste pantalones *jeans* y un jersey gris y arrugado, con remiendos de cuero marrón en los codos y un enorme monograma al frente: SW<sup>[2]</sup>. Tiene un parche negro sobre su ojo derecho. Lleva siempre consigo un banjo a energía atómica. Tiene tres compañeros constantes: un perro, una lechuza y un robot femenino. Es un tipo gentil y sociable que nunca rehúsa una petición de autógrafo. Su único defecto, y es terrible, es formular preguntas que nadie puede contestar. Por lo menos, las formulaba hace mil años, cuando desapareció.

Esta es la historia de su búsqueda y de por qué ya no se le ve en el Cosmos conocido.

Ah, sí, además sufre de una vieja herida en su parte posterior y por tanto no puede estar sentado durante mucho rato. Una vez, le preguntaron cuál era la sensación de no tener edad.

Contestó:

—La inmortalidad es un dolor en el trasero.

## 2

## SIEMPRE LLUEVE EN LOS PICNICS

Hacer el amor en un picnic no es nada nuevo. Pero éste era encima de la cabeza de la Esfinge de Gizeh.

Simón Wagstaff no lo estaba disfrutando del todo. Las hormigas, siempre presentes en cualquier picnic al aire libre, estaban subiendo por sus piernas y nalgas. Una había quedado atrapada donde nadie sino Simón podía estar interesado. Debió de pensar que había caído entre el pistón y el cilindro de un anticuado motor de automóvil.

Simón estaba perseverando, sin embargo. Al rato, él y su novia rodaron hacia un costado y quedaron jadeantes, contemplando el cielo egipcio.

—Estuvo bien, ¿verdad? —dijo Ramona Uhuru.

Simón pensó contarle lo de la hormiga. Pero si ésta todavía estaba corriendo, o renqueando, ella debería ser la primera en saberlo.

—Ciertamente no fue común —dijo Simón—. Vamos. Es mejor que nos pongamos la ropa antes de que aparezca algún turista.

Simón se incorporó, se puso sus pantalones, su jersey gris arrugado y sus sandalias de imitación cuero de camello. Ramona se deslizó en su caftán escarlata y abrió la caja de picnic, llena de vituallas, incluyendo una botella de vino etíope: León Carbonado de Judah.

Ramona, hablando de una cosa y otra, alisó la manta navajo, hecha en Japón. Ramona había sido hecha en Menfis (de Egipto, no de Tennessee).

Simón había sido hecho durante la luna de miel de sus padres en Madagascar. Su padre era en parte griego, en parte judío irlandés, y era un crítico musical que escribía bajo el nombre K. Kane. Todos pensaban, con fundamento,

que la K. significaba *Killer* (asesino). Se había casado con una hermosa mezzosoprano india Ojibway, que cantaba bajo el nombre de Minnehaha Langtry. El aire acondicionado se había descompuesto durante la noche de bodas, y atribuyeron los defectos de Simón a las condiciones inclementes en que había sido concebido. Simón los atribuía a sus ocho meses en una matriz de plástico. Su madre no había querido arruinarse la silueta, así que lo quitó de su matriz y lo puso en un cilindro conectado a una máquina. Simón había comprendido por qué su madre hizo eso. Pero no le pudo perdonar haberse dedicado después a comer, sin freno, engordando cerca de treinta kilos. Si se iba a convertir en obesa, ¿por qué no lo dejó donde correspondía?

Este no era, sin embargo, un día para meditar en traumas infantiles. El cielo estaba tan azul como las venas de una criatura, y la brisa suministraba aire acondicionado al espacio exterior.

Tomó la guía y la leyó mientras bebía el vino. El libro decía que la Esfinge se había originado con los egipcios. La imaginaban como una criatura que tenía rostro de hombre y cuerpo de león. Por otro lado, los griegos, una vez que se enteraron de la Esfinge, la convirtieron en una criatura con cabeza de mujer y cuerpo de leona. Hasta tenía senos de mujer, adorables conos blancos de punta rosada, que debían de haber distraído a los hombres mientras pensaban en las respuestas a sus preguntas. Edipo había ignorado estos obstáculos del pensamiento, lo que quizá no decía mucho a favor de Edipo. Era un poco extraño, se había casado con su madre, había matado a su padre. Había contestado correctamente la pregunta de la Esfinge, pero eso no le evitó problemas después.

La guía que tenía en las manos decía que el rostro de la Esfinge tenía, supuestamente, los rasgos del faraón Kefrén. El libro de guía en su bolsillo posterior decía que el rostro pertenecía al dios Harmachis.

No importaba cuál tuviera razón. La Esfinge reconstituida tenía ahora los rasgos de una famosa estrella de cine.

—¡No estás atendiendo! —dijo Ramona.

—Lo lamento —dijo Simón. Y lo lamentaba. Este era uno de esos raros momentos en los que Ramona se daba cuenta repentinamente de que estaba hablando sola. Estaba asustada. Los que hablan solos son locos, o profundos pensadores, o solitarios, o las tres cosas. Ella sabía que no estaba loca y que no era una profunda pensadora, así que debía estar solitaria. Y temía a la soledad más que a ahogarse, que era su horror favorito.

Simón estaba solitario, también, pero principalmente porque creía que el universo no se portaba correctamente al no dar respuesta a sus preguntas. Pero éste no era el momento de pensar en sí mismo.

—Oye, Ramona, aquí hay una canción de amor para ti.

Se titulaba *Las Matemáticas Anatemáticas del Amor*. Estaba tomada de los poemas del «conde» Hipólito Bruga, nacido Julius Ganz, un expresionista de principios del siglo XX. Ben Hecht había escrito una biografía suya, pero la única copia sobreviviente estaba en los archivos del Vaticano. Aunque los críticos consideraban a Bruga un poeta menor, para Simón era el preferido y había puesto música a muchas de sus obras.

Primero, sin embargo, Simón pensó que debía explicarle las referencias y la situación, ya que ella no leía nada, excepto las revistas de *Confesión Sincera* y los *best-sellers*.

—Robert Browning era un gran poeta victoriano que se casó con una poetisa menor llamada Elizabeth Barrett —le dijo.

—Eso lo sé —dijo Ramona—. No soy tan tonta como tú crees. Vi *The Barrets of Wimpole Street* en la televisión el año pasado. Con Peck Burton y Marilyn Mamri. Era muy triste; el padre de ella era un canalla. Mató al perrito de Elizabeth porque ella se fugó con Browning. El viejo Barrett miraba con deseo a su propia hija, ¿puedes creerlo? Bueno,

en verdad ella no se fugó. Estaba paralizada de la cintura hacia abajo y Peck, quiero decir Browning, tenía que empujarla en su silla de ruedas por las calles de Londres, mientras el padre procuraba perseguirlos con un caballo y un coche. Es la más excitante escena de persecución que yo haya visto.

—Supongo —dijo Simón—. Así que estás enterada sobre ellos. Bien, Elizabeth compuso una serie de poemas de amor para Browning, Sonetos de la Portuguesa. Él la llamaba su Portuguesa porque era muy morena.

—¡Qué dulce!

—Sí. Bien, el soneto más famoso es uno en el que ella enumera las variedades del amor que siente por él. Esto inspiró el poema de Brugas, aunque él no lo puso en forma de soneto.

Simón cantó:

«“¿Cómo te amo? Déjame calcular  
Las maneras”, dijo Liz. Pero las adiciones mentales  
Se sustraían a las emisiones de Bob Browning,  
Dividiendo el vigor necesario para animarla,  
Aquí está lo que él dijo a la Portuguesa  
Para separar sus rodillas muertas.  
“Contar no es lo que cuenta,  
Un más, un menos, se puede empujar.  
¡Oh, la mujer debajo y el hombre arriba.  
Eso es lo que inspira a los montes y a las fuentes!  
Al diablo con las bellezas de Euclides,  
¡Liz, saca tu trasero de esa silla!”»

—Esas fueron las últimas palabras de Bruga —agregó Simón—. Fue muerto de una paliza, un minuto después, por un borracho enojado.

—No le culpo —murmuró Ramona.

Plumas de tristeza volaron en derredor de ambos. Ramona cacareó como si hubiera puesto un huevo. Era, sin

embargo, nerviosidad y no alegría lo que ella proclamaba. Siempre se ponía sensible cuando él adoptaba un humor melancólico.

Fue entonces cuando Ramona se dio cuenta de que su humor venía más de afuera que de adentro. La brisa había cesado, y había caído un silencio tan grueso y pesado como el nacimiento de un hongo en una mina de diamantes o como un gas que surcara una reunión de plegarias. El cielo estaba manchado con nubes tan negras como los fragmentos podridos de una banana. Y sin embargo, sólo un minuto antes, el horizonte había estado tan continuo como una genealogía falsa.

Simón se incorporó y puso el banjo en su estuche. Ramona se ocupó de guardar platos y tazas en la canasta.

—No puedes confiar en nada —dijo, ya cerca de las lágrimas—. Nunca, nunca llueve aquí en la estación seca.

—¿Cómo llegaron esas nubes sin un soplo de viento? —preguntó Simón.

Como de costumbre, su pregunta no fue contestada.

Ramona terminaba de plegar la manta cuando cayeron las primeras gotas. Los dos comenzaron a atravesar la parte superior de la cabeza, hacia los escalones, pero no llegaron allí. Las gotas se convirtieron en un cuerpo de agua, como si todo el cielo fuera una gran garrafa que algún gigante borracho hubiera volcado accidentalmente. Fueron tirados al suelo, y la canasta fue arrancada de las manos de Ramona y enviada hacia un lado de la cabeza. Ramona casi se fue, también, pero Simón atrapó su mano y ambos reptaron hasta la verja en el borde de la cabeza y se aferraron a una barra.

Más tarde, Simón no podía recordar vívidamente casi nada. Era un largo borrón de horror atontado, de pesadez brutal de la lluvia, el frío, los dientes que castañeteaban, las manos doloridas de asirse a la barra de hierro, la oscuridad creciente, un repentino aflujo de gente que se había escapado del suelo, un vago preguntarse por qué se habían

agrupado en la cabeza de la Esfinge, una comprensión aterradoramente del motivo cuando un mar cayó sobre él, su trepar lleno de pánico para no hundirse, su separación de la barra cuando el agua subió hasta su nariz, un solo grito apagado de Ramona, en alguna parte de esa invasión, y después estaba nadando sin tener dónde ir.

El estuche con el banjo flotaba delante de él. Lo atrapó. Le facilitaba flotar, y después de quitarse toda la ropa, podía mantenerse agarrándose al estuche y deslizándose en el agua. Un poco después llegó al borde de la Gran Pirámide. Simón flotaba, tratando vanamente de comprender que había caído tanta agua que la tierra árida de Egipto estaba ahora sumergida bajo ciento sesenta metros de agua.

Y después vino el momento, en la oscuridad de la noche, y en la lluvia casi sólida, en que se preparó para abandonar su espectro remojado y dejarse hundir, Simón era ateo, pero rogó a Jahvé, el dios de su padre; a María, la deidad favorita de su abuela; a Gitche Manitou, el dios de su madre. No podría hacerle daño.

Antes de rendirse, tropezó con algo sólido. Algo que también era hueco, porque resonaba como un tambor bajo los golpes de la lluvia.

Pocos segundos después, el sonido se detuvo. Estaba tan atontado que pasó algún tiempo antes de comprender que se debía a que también la lluvia se había interrumpido.

Anduvo a tientas alrededor del objeto. Tenía forma de ataúd, pero era demasiado grande para ser un ataúd, a menos que contuviera un elefante muerto. La parte superior era lustrosa y estaba cubierta por unos veinte centímetros de agua. Levantó el estuche del banjo y lo hundió. El objeto tembló un poco bajo su peso, pero colocándole las palmas de las manos consiguió bastante apoyo para colocarse lentamente sobre la superficie chata y después sobre su centro.

Se quedó allí jadeante, boca abajo, demasiado frío y miserable para poder dormir. A pesar de lo cual, comenzó a